

## RESURRECCIÓN Y APARICIÓN A MARÍA SANTÍSIMA [218]

### 34ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 47)

La Resurrección del Señor es la *“verdad culminante de nuestra fe en Cristo, documentada por el Nuevo Testamento, creída y vivida como verdad central por las primeras comunidades cristianas, transmitida como fundamental por la tradición, nunca olvidada por los cristianos verdaderos y hoy muy profundizada, estudiada y predicada como parte esencial del misterio pascual, junto con la cruz”*<sup>1</sup> (Juan Pablo II).

Por eso los Apóstoles se presentan como *“testigos de la Resurrección de Cristo”* (Hch 1,22) y se eligen para ser tales, es decir, para dar testimonio de que Cristo resucitó.

Y cuando los Apóstoles se reunieron a elegir el reemplazante de Judas Iscariote, Pedro puso como cualidad esencial de los candidatos el ser capaces de dar testimonio personal y experimental de la verdad de la resurrección de Cristo: *“Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección”* (Hch 1,21-22).

La Resurrección es el culmen de la Revelación. San Pablo dice al respecto algo muy fuerte: *“Si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación y vacía es también nuestra fe”* (1Cor 15,14). Evidentemente, San Pablo ve en la resurrección el fundamento de la fe cristiana y casi la clave de bóveda de toda la vida cristiana.

**¿Por qué?** Ante todo, porque la Resurrección constituía, para la predicación de los Apóstoles, la confirmación de todo lo que Cristo mismo había *“hecho y enseñado”*: el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida.

Él mismo había indicado a los discípulos este signo definitivo de su verdad. Por eso los Apóstoles dirán: *“Ha resucitado, como lo había dicho”* (Mt 28,6).

*“La resurrección, dice Juan Pablo II, confirma la verdad de su misma divinidad... “En la Resurrección se reveló el hecho de que ‘en Cristo reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente’ (Col 2,9). Así, la resurrección ‘completa’ la manifestación del contenido de la Encarnación. Por eso podemos decir que es también la plenitud de la Revelación”*<sup>2</sup>.

Cristo ha resucitado. Ha llegado a la tierra prometida. Es todo un programa de vida: caminamos hacia la resurrección. Espiritualidad de resucitados; si nos mortificamos es para participar mejor en la vida de uno que ha resucitado.

#### Alegría:

- De que Cristo que sufrió tanto, ahora reina glorioso.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Catequesis del 25 de enero de 1989*.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Audiencia del 8 de marzo de 1989*.

- Cristo murió por nosotros: nos perdona, nos hace sus amigos. Debemos alegrarnos con el amigo. Cristo sale del martirio más atroz, y nos comunica el gozo de acompañarlo en los sufrimientos.

- **Gozo intenso:** En medio de los sufrimientos, podemos alegrarnos y tener paz. *"Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados"* (Mt. 5,1). Nos hace ver que los sufrimientos de esta vida no son nada en comparación con lo que nos espera (cf. Rm 8,18)

«Éste es el júbilo de la Vigilia Pascual: nosotros somos liberados. Por medio de la resurrección de Jesús el amor se ha revelado más fuerte que la muerte, más fuerte que el mal. El amor lo ha hecho descender y, al mismo tiempo, es la fuerza con la que Él asciende. La fuerza por medio de la cual nos lleva consigo» (Benedicto XVI, 2009).

## I – EL HECHO DE LA RESURRECCIÓN

Volvamos al calvario, no ya como a lugar de sacrificio sino como a lugar de glorificación. Esta es la hora profetizada por Jesucristo. Cuando antes de la pasión pedía Jesús al Padre que le glorificase, el Padre declaró al mundo que lo había glorificado y que de nuevo lo glorificaría. Esta es la hora de la anunciada glorificación. La gloria de la cruz llena cielos y tierra, en el cielo es la gloria de Dios, en la tierra es la paz de los hombres de buena voluntad. Así queda cerrado aquel círculo que abrieron los Ángeles aquella noche de Belén y el Calvario, ambos dicen lo mismo.

En el **sepulcro** yace el cuerpo del Señor cubierto de heridas, frío, si bien irradiando una paz y serenidad divina. La gran losa cierra la entrada. A su alrededor se sientan en tierra los soldados, para estorbar cualquier intento de violación. De este modo los amigos de Jesús no están allí, solamente una vela encendida en lo alto de la montaña de Sión, la lámpara de la fe bien encendida en el corazón de la Virgen santísima, que espera la hora prometida de la resurrección de su Hijo.

Contemplemos ahora la realización del misterio. El alma de Cristo llega en un instante al sepulcro. Del cielo se acercan Ángeles para contemplar el triunfo y la luz que irradian es tan intensa que no pueden contemplarla los ojos mortales y por eso se hacen invisibles para los soldados que nada ven ni entienden de los que los rodea.

Veamos en esto una **imagen de lo que pasa en el mundo:** está lleno de misterios divinos, y nada barrunta ni presiente la inmensa generación de los que carecen de la luz de Dios.

Contemplemos la adoración admirada que tributa toda aquella corte celestial al cuerpo de Jesús, víctima del amor divino y de la maldad humana. Adorémosle nosotros también.

En un instante el alma santa de Jesús entra en el cuerpo y le da una nueva vida inmortal derivada directamente de la divinidad que antes quedaba oculta y ahora lanza todos los resplandores. Aparece de nuevo reconstruido nuestro Jesús, pero ahora en inmortalidad, impasibilidad, claridad y espiritualidad propia de la bienaventuranza.

En aquel instante Jesús tiene plena conciencia de cada uno de nosotros, sus miembros y como prolongación de la propia resurrección determina resucitarnos a todos, a fin de que todos los predestinados permanezcan integra y eternamente incorporados a Él.

Cristo resucita con un cuerpo, que es:

- ✓ **Verdadero y sólido:** se deja tocar y palpar, no es imaginario.
- ✓ Es un cuerpo **humano**, con figura de hombre.
- ✓ Es **el mismo** cuerpo que antes había tenido, cubierto de sus cicatrices.
- ✓ Es un cuerpo **vivo**, y lo mostró comiendo con los apóstoles, bebiendo, hablando, etc.
- ✓ Es un cuerpo **glorificado**, por eso su novedad: entrando estando cerradas las puertas, dejándose conocer cuando Él quería, desapareciendo ante su vista, etc. Cuerpo inmortal, impasible, diáfano, espiritualizado, etc.

## II - LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA

Delante de Jesús resucitado afiancémonos bien en nuestra resurrección. Es doble: corporal y espiritual; una y otra deducida como consecuencia verdadera de la resurrección de Cristo.

En primer lugar está segura nuestra **resurrección corporal**. San Pablo diversas veces repitió esta garantía que acentúa con tanta energía que llega a decir: **“Si no hay resurrección de muertos tampoco Cristo ha resucitado”** (1Cor 15,13).

“... no dudamos ni desconfiamos (de nuestra resurrección) ni estamos pendientes con cierta expectación, sino que, habiendo recibido ya los comienzos de nuestra promesa, empezamos a ver con los ojos de la fe las cosas futuras, alegrándonos de la exaltación de nuestra naturaleza, porque para nosotros es lo mismo creer que poseer.”<sup>3</sup>. (San Leon Magno)

La **resurrección espiritual** ha de consistir en formar en nosotros un hombre nuevo a imagen de Cristo. Así nos dice San Pablo: **“Si resucitasteis con Cristo buscad las cosas de arriba, donde está sentado a la derecha de Dios; aspirad a las cosas de arriba no a las cosas de la tierra”**. Amor a las cosas del cielo, gusto por las cosas del cielo. ¡Qué criterios tan justo para conocer si somos hombres terrenales o celestiales, si estamos muertos o resucitados!

“¿Por qué se llama santa a la resurrección con preferencia a cualquier otro misterio de Jesús? Porque en este misterio es donde Cristo parece poner de manifiesto las condiciones y elementos constitutivos y formales de la santidad humana, la cual halla en Cristo su fuente y su modelo; porque si por su vida es el camino y la luz, y nos da ejemplo de todas las virtudes compatibles con su divinidad, lo es más todavía en su resurrección, donde se muestra el ejemplar acabado de santidad.” (Beato Columba Marmion)

---

<sup>3</sup> SAN LEÓN MAGNO – Sermón sobre la Resurrección; Verbum Vitea IV p. 42.

Hemos de ser *inmortales*, no solo no volviendo a morir por el pecado, sino procurando que nuestra alma no pueda vivir de las cosas muertas, sino solamente de la esperanza incorruptible de la gloria.

Hemos de ser *impasibles*: no permitiendo jamás que nuestro amor se contagie con la corrupción de las afecciones desordenadas que hemos destruido en estos Ejercicios.

Hemos de ser *luminosos*: interiormente en la claridad de nuestras ideas; exteriormente, en el resplandor del buen ejemplo y en la profesión de nuestra fe.

Hemos de tener el *don de Ligereza*: en estar libres de tropiezo en lo que atañe a la gloria de Dios, y en la prontitud y facilidad en cumplir cualquier ministerio.

Hemos de tener el *don de sutileza*: pasando por todas las cosas de la tierra sin contacto con ellas, con aquella perfecta indiferencia del principio y fundamento.

### III - APARICIÓN A LA VIRGEN [218]

[218] LA PRIMERA CONTEMPLACION COMO CHRISTO NUESTRO SEÑOR APARECIO A NUESTRA SEÑORA, NUM. [299].

#### ACTOS PREPARATORIOS

##### Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

##### 1º preámbulo: La historia

[219] 1º *preámbulo*. El primer preámbulo es la historia, que es aquí cómo después que Christo espiró en la crux, y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida la Divinidad, la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la Divinidad; de donde sacando a las ánimas justas y viniendo al sepulchro y resuscitado, apareció a su bendita Madre en cuerpo y en ánima.

##### 2º preámbulo: Composición de lugar:

[220] 2º *preámbulo*. El 2º: composición viendo el lugar, que será aquí ver la disposición del sancto sepulchro, y el lugar o casa de Nuestra Señora, mirando las partes della en particular, asimismo la cámara, oratorio, etc.

Ver a la Virgen aguardando meditativa la resurrección del Señor, en una cámara, en la casa de Juan; ver a Cristo resucitado y glorioso junto a la Virgen. Ella está todavía en Jerusalén, no se ha vuelto a Nazareth, alguna casa por ahí que le ayude a ubicar el lugar para estar ahí como un esclavito indigno contemplando este misterio de nuestro Señor.

3º preámbulo: Petición:

[221] 3º *punto*. El tercero: demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.

**CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN**

[222] 1º *punto*. 2º *punto*. 3º *punto*. El primero, 2º y 3º punto sean los mismos sálitos que tuvimos en la cena de Cristo nuestro Señor, núm. [190]<sup>4</sup>.

[223] 4º *punto*. El cuarto: considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra agora tan miraculosamente<sup>5</sup> en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della.

[224] 5º *punto*. El quinto: mirar el officio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros.

[225] *Coloquio*. Acabar con un coloquio o coloquios, según subiecta materia y un Pater noster.

San Ignacio trae como primera contemplación para esta cuarta semana la aparición de Cristo Nuestro Señor a su madre la Santísima Virgen [218].

Nuestro Señor había anunciado su muerte y había anunciado también su resurrección, por eso al resucitar no se fue directamente al Padre, sino que se quedó cuarenta días, aquí en la tierra, no como antes de morir, como hombre mortal, sino a la manera de Dios y de hombre inmortal, como aquél que venció las ataduras de la muerte.

Se quedó, decíamos, 40 días, para mostrar que se había cumplido aquello que Él había anunciado, se había dado el milagro de su resurrección. Y además se quedó para consolar a sus discípulos; San Ignacio lo hace notar en el quinto punto, *“el officio de consolar de Nuestro Señor”*, consolar a los apóstoles, consolar a las mujeres que habían llorado su muerte, consolar sobre todo a su Santísima Madre: quiere que las primicias de la resurrección sean para Ella.

El hecho de que nuestro Señor se aparece primero a su madre no está relatado en los evangelios. San Ignacio dice en el nº 299: *“apareció a la Virgen María en primer lugar, lo cual, aunque no se diga en la escritura se tiene por dicho en decir que se apareció a tantos otros, porque la escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito “¿vosotros también seguís sin entendimiento?”*. O sea, lo que está diciendo San Ignacio es que con un poco de sentido común uno puede darse cuenta que Nuestro Señor se apareció a su Santísima Madre y lo hizo en primer lugar.

Para el Crisóstomo, ya a fines del s. IV, es un hecho la aparición de Jesús a su Madre en la mañana de Pascua. Otros, santos y teólogos, recogieron ese mismo parecer a través de los siglos, tanto en Oriente como en Occidente. S. Ambrosio (en su tercer libro de las vírgenes), Sedulio, S. Paulino de Nola, S. Alberto Magno, La Leyenda Dorada (s. XIII): *“La Madre ha vivido la Resurrección y ha sido la primera que ha visto y ha creído”* (La

---

<sup>4</sup> Ver página 38.

<sup>5</sup> milagrosamente.

Resurrección del Señor); Lo menciona Sta. Teresa, S. Bernardino de Siena, S. Lorenzo de Brindis, Benedicto XV, Juan Pablo II...

“Los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a María. De todos modos, como Ella estuvo de manera especialmente cercana a la cruz del Hijo, hubo de tener también una experiencia privilegiada de su resurrección”<sup>6</sup>.

“Aunque no se dice en los textos bíblicos, se puede pensar que fuera la primera a quien se le apareció el Resucitado”<sup>7</sup>.

◆ **Primer punto: motivos de la aparición**

Contemplemos las razones de esta preferencia de Jesús en sus apariciones:

a) **Lo pedía la fe de María:** la aparición de Jesús Resucitado a su Madre fue mucho más que una visita de consuelo. Es la confirmación de la fe total, el sapiencial fruto de la esperanza indeficiente. Ella es la “Pisteúsasa”, la Creyente por antonomasia, que es declarada proféticamente dichosa justamente por eso (Lc 1 45). MARÍA, la primera. ¡Cómo no!

b) **Lo pedía el amor de Jesucristo:** Era su Hijo y qué Hijo. Podríamos juntar con la imaginación toda la piedad de todos los hijos del mundo para con sus madres y ponérsela a Jesucristo y todavía nos quedaríamos cortos; todas las delicadezas, todos los actos exquisitos que han hecho todos los hijos del mundo para con sus madres y todavía nos faltaría un buen trecho, un trecho infinito... Por eso cómo nuestro Señor se iba a aparecer primero a María Magdalena o a Pedro que a su Madre a la que tanto amaba. Sí, uno puede decir que a quién más quiere Dios, más cruz le manda, pero María ya había sufrido muchísimo en la Pasión, mucho más que todos los otros y ya era el momento del consuelo.

c) **Lo pedía el amor de la Virgen:** Era Madre y qué Madre; superior a todas las madres en la perfección e intensidad de su amor para con su Hijo.

Amor con amor se paga decimos; nuestro Señor la había visto sufrir por el amor que le tenía a Él, cómo no iba a pagar ese amor que Ella le tenía con el hecho de aparecérselo en primer lugar. Era la Corredentora, y si había sido asociada de forma particularísima al dolor de la Cruz del Hijo, también debía ser asociada al gozo de la victoria y de la resurrección.

d) Jesús resucitado tenía **oficio de consolador** [224], y nadie como la Virgen merecía ser consolada por Cristo. Porque nunca en su vida había buscado los consuelos de Dios, nadie como Ella había sufrido con Cristo en su Pasión, nadie por tanto merecía ser consolada con el mayor de los consuelos: ver la gloria divina que se traslucía en el cuerpo glorioso de su Hijo resucitado. Mereció ver aquellas llagas gloriosas que había visto ser perforadas por agudos clavos, aquel rostro limpio y radiante, hermosísimo de su Hijo, que había visto más feo que un gusano.

e) El **amor entre ellos** dos (no es una cosa más, sino una última consideración uniendo las dos primeras) como el amor es unitivo de suyo, el amor que había entre la Virgen y su

---

<sup>6</sup> JUAN PABLO II, *Discurso en el santuario de Nª Sª de la Alborada*, Guayaquil, 31 de enero de 1985.

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*.



Santísimo Hijo, era tan grande como una fuerza que se atraía mutuamente, Jesús y María habían llegado a un grado tal de unión, que sus corazones se atraían como naturalmente y tenían un mismo sentir. No era, pues, conveniente que el Hijo estuviera glorioso y la Madre todavía con dolor. Qué difícil pensar que los demás estarían gozando de la resurrección y la Virgen todavía no, o que la Virgen se enteró por boca de los apóstoles, es bastante difícil de pensar eso, porque la Escritura no dice nada, debe ser simplemente, parece, por guardar la humildad de la Virgen, se la nombra muy pocas veces. Jesús quiso reducir al mínimo la profecía que lo ponía tres días bajo la tierra. Resucitó lo antes que pudo para consolar a su Madre.

Si dicen los Santos Padres que los deseos de la Virgen adelantaron el tiempo de la Encarnación, como adelantó el momento del milagro en las bodas de Caná, está bien Cristo sabía que le iba a pedir eso, pero Él mismo le dice “no es la hora todavía”, de algún modo ahora Él se adelanta, resucita antes para ir a consolar a su Madre, cómo no hemos de creer que los deseos de la Madre y del Hijo, dirigidos en igual sentido, adelantaron la hora de la Resurrección y de la visita gloriosa...

◆ **Segundo punto: la espera de Santísima Virgen**

En segundo lugar contemplemos la espera de la Santísima Virgen; y aquí se dan dos realidades, por un lado una tristeza grandísima y por otro una paz imperturbable. Vemos a la Virgen muy triste, más triste que ninguna criatura en ese momento, la última espada había atravesado su corazón que por un milagro no había desfalecido, San Bernardo, en el momento de la sepultura, pone estas palabras en boca de María “*¡Oh! Hijo verdadero de Dios, tú eras para mí Padre, Hijo y Esposo, tú eras el alma mía, ahora estoy huérfana de Padre, viuda de Esposo y ya no tengo Hijo, al perder a mi único Hijo lo he perdido todo*”. Incluso la Virgen se hubiese quedado sepultada con Cristo si hubiese seguido los deseos de su corazón, dice San Fulgencio “*La Virgen sintió vivos deseos de que su alma quedara sepultada con el Cuerpo de Cristo*” y Ella misma reveló a Santa Brígida “*puedo decir que al sepultar a mi Santo Hijo allí quedaron sepultados dos corazones en su tumba*” y San Alfonso de Ligorio comenta “*y dando el último adiós a su Hijo y al sepulcro, partió hacia su casa. Andaba tan triste y afligida la pobre madre, que dice San Bernardo, movía al llanto aún a los indiferentes, de manera que por donde pasaba no podían menos de llorar y cuantos la encontraban no podían menos que llorar y aquellos discípulos que la acompañaban lloraban más por Ella que por el Señor*”.

Por un lado esperaba la resurrección con una fe certísima, pero esa fe no hacía que el dolor se fuese, también tenía fe cuando a Cristo lo crucificaron, pero una cosa no quita la otra. De todos modo esa fe que tenía a pesar del dolor que estaba sintiendo y la soledad, le daba una paz que nadie le podía quitar, una paz mayor que la que sentía cuando perdió a su Hijo en el templo. Ella sabía que había hecho todo lo que tenía que hacer, había sufrido todo lo que tenía que sufrir, sabía con claridad que su Hijo no estaba con Ella por designio del Padre. Tranquila, con paz en el alma, esa paz que es propia de los que tienen una fe incommovible, esa paz de los que saben que hacen en todo la voluntad de Dios. Esa paz de saber que se estaba, nada menos, que consumando la obra de la Redención del género humano.

Seguramente habría acompañado en el meditar de su corazón, donde guardaba todas las cosas, a su Hijo descendiendo al limbo de los justos. Estaría gozosa de solo pensar que José, su castísimo esposo, con quien compartió la compañía con Jesús en este mundo, también lo contemplaría en su gloria. La Virgen esperaba confiadamente. No fue a preparar ungüentos y aromas para un cuerpo muerto, ni salió a llorar a los pies del sepulcro como la Magdalena. Ella se quedó quieta, inmóvil en su cámara, aguardando. No es que amase menos, sino que esperaba más, y con la misma fortaleza con que permaneció fija al pie de la Cruz, también permaneció firme en su casa. No ama más el que hace más cosas, sino el que hace lo que tiene que hacer. *“Marta, Marta, en vano te agitas y te preocupas por muchas cosas... María eligió la parte mejor”* (Lc 10, 41-42). La Virgen seguía a los pies de Cristo en su contemplación.

San Ignacio dice en el n° 222 *“el primer, segundo y tercer punto sean los mismos sólitos que tuvimos en la cena de nuestro Señor [194] y Polanco añadió “considerare verba opera”* considerar las personas, las cosas que hacen y las cosas que dicen y *“reflectir”* sobre nosotros, sacar algún provecho. Acompañar a la Virgen en este dolor en esta esperanza de la resurrección y sacar un provecho reflexionando sobre nosotros mismos.

#### ◆ **Tercer punto: la aparición**

En un instante todo aquel cortejo de ángeles y santos, corona triunfal de Jesús resucitado, fue del Sepulcro al Cenáculo, donde muy probablemente estaría la Virgen Santísima.

Contemplémosla arrodillada como en el instante de la Encarnación, adorando profunda y amorosamente al Redentor suyo y nuestro. Jesús se acerca a Ella, la levanta y la abraza dulcemente sobre su Corazón. Quizás no intercambiaron muchas palabras, no hacía falta.

A Santa Brígida la Virgen le reveló que le costó cambiar el ánimo, no fue una cosa instantánea al ver a su Hijo, le llevo unos minutos, unos instantes, el ser humano no puede reír y llorar de un momento a otro, por eso esa gran tristeza de a poco con la presencia de su Hijo, que era lo que Ella más esperaba, de a poco se fue trocando en una inmensa alegría, ya que Ella más había sufrido porque más había amado.

Dice la Escritura que al aparecerse nuestro Señor a los apóstoles, no podían hablar, no entendían lo que pasaba de la alegría, imagínense la alegría de la Virgen. *“La paz esté contigo”*. Y siguió a estas palabras de salutación del Hijo, un coloquio que no puede expresarse con palabras, pero que diremos con la música inspirada del Cantar de los Cantares: *“Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente al campo, pues pasó ya el invierno y disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, pues, amiga mía, beldad mía, y vente”* (Cant 2, 10-13). Y ella responde: *“Subiré a buscarte al monte de la mirra y al collado del incienso”* (Cant 4, 6).

Que es lo mismo que decir: *“Ya ha pasado la Pasión y mi vida temporal. Contempla mi cuerpo glorioso e inmortal, Madre mía”*.

Ver, oír, mirar, *reflectir*... esos rostros hermosísimos, llenos de gracia y esplendor, y tan alegres y gozosos que se salen de sí; mirar los gestos, el trato preferencial del Hijo para con



la Madre; oír esos tiernos coloquios, como sucede en la comunión, esperar afuera, haciendo guardia, como un esclavito indigno (cf. San Luis María).

Así, de esa manera, durante estos cuarenta días, con el estandarte de la Cruz, como quien va pasando revista de su tropa luego de una gran batalla, va a aparecerse Nuestro Señor a aquellas almas que forman parte de su congregación de amigos, presidida por la Virgen e integrada por los que han de ser los testigos de su Resurrección en el mundo entero.

## ACTOS CONCLUSIVOS

### Coloquio:

[225] *Coloquio según subiecta materia y terminar con un Paternoster.*

Podemos seguir con el coloquio de las Dos Banderas.

Hablemos con la Virgen, con la cual podemos cantarle, decirle saboreando las palabras del Regina Coeli: “*¡Alégrate, Reina del Cielo, Aleluya. Porque aquel a quien tu llevaste en tu seno ha resucitado, como dijo. Aleluya. Ruega al Señor por nosotros, Aleluya!*”.

Hablemos con Jesucristo rezando y saboreando el Anima Christi, pero en sentido glorioso, sabiendo que cada una de las partes del alma y del cuerpo de Cristo es ahora gloriosa y están indisolublemente unidas a la divinidad.

*¡Con Él hemos resucitado!* (Ef 2,6).

[227] *2ª nota.* La segunda nota: comúnmente en esta cuarta semana es más conveniente que en las otras tres pasadas, hacer cuatro ejercicios y no cinco.

[229] *4ª nota.* En esta 4ª semana en todas las diez adiciones se han de mudar la 2ª, la 6ª, la 7ª y la 10ª.

La 2ª será luego en despertándome, poner enfrente la contemplación que tengo de hacer, queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor.

La 6ª traer a la memoria y pensar cosas motivadas a placer, alegría y gozo espiritual, así como de gloria.

La 7ª, usar de claridad o de temporales cómodos, así como en el verano de frescura, y en el invierno de sol o calor, en quanto el ánimo piensa o coniecta que la puede ayudar, para se gozar en su Criador y Redemptor.

La 10ª, en lugar de la penitencia, mire la temperancia y todo medio, si no es en preceptos de ayuno o abstinencias que la Iglesia mande, porque aquéllos siempre se han de cumplir, si no fuere justo impedimento.

«...que la alegría de estos días afiance aún más nuestra adhesión fiel a Cristo crucificado y resucitado... Que María nos ayude a ser mensajeros de la luz y de la alegría de la Pascua para muchos hermanos nuestros». (Benedicto XVI)

Ave María Purísima. *Sin pecado concebida.*

*¡Feliz Pascua de Resurrección!*